

IV Domingo de Adviento

Miqueas 5, 1-4a; Hebreos 10, 5-10; Lucas 1, 39-45

«¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?».

22 diciembre 2024 P. Carlos Padilla Esteban

«María la elegida, la amada por Dios, mujer bendita. Ha creído y lo que ha sucedido se cumplirá. La fe de una mujer que se ha puesto en camino. Dos mujeres valientes, dos mujeres de Dios»

Mis sentimientos importan. Son relevantes, cuentan. Si no los escucho me acabarán pasando factura, volverán a encontrarme. Yo los puedo negar por un tiempo, puedo esconderlos, pero no sirve de nada. «Reprimir los sentimientos solo hace que sea más difícil liberarse de ellos. Expresión es lo contrario de depresión»¹. Reprimos mis sentimientos y también los sentimientos de los demás. No quiero que estén tristes, que se depriman, que se enfaden con esta vida. No quiero que sufran y por eso se lo exijo, les pido que callen, que guarden, que disimulen, que escondan sus lágrimas. Y los demás lo hacen para que yo mismo no sufra con su dolor. ¿Cómo te encuentras hoy? Quiero oír que bien, que todo está bien, en orden. Y yo consuelo a los demás de esa manera. Todo va a ir bien, les digo. Todo pasa. El tiempo todo lo cura. En el cielo seremos felices. No funciona así, lo que es reprimido y no es asumido, no será redimido. Quiero aceptar cómo me siento hoy, porque sé que es un paso hacia la verdad, hacia la libertad. Estoy triste, estoy cansado, no me encuentro bien. Es necesario ser sincero conmigo mismo y con los demás. Ese es el único camino posible. Todo lo demás es mentira. Aunque aquellos que me aman no quieran mis lágrimas, o mi cansancio, o mis penas, no por eso dejan de existir. Tapanlo y esconderlo todo dentro del alma no sirve de nada. Las emociones del pasado están ahí, existen, y salen a la luz cuando menos lo espero. El duelo que tengo que pasar exige tiempo y paciencia, no puedo ir del llanto a la risa de golpe. No se sanan las heridas de un día para otro. Hace falta paciencia y tiempo. Esforzarme, luchar, pero no fingir. No te sonrío para que te quedes tranquilo. Tendrás que aceptar mi mal humor, mi cansancio, mi tristeza. El amor no disminuye cuando no soy la mejor versión de mí mismo. Me quieres en esos momentos en los que no brillo. Me pesa la vida y sufro. Todo lo que pasa dentro de mí es real. Es verdad que en ocasiones tendré que tomarme menos en serio. Cuando me fijo más en lo bueno que en lo malo o me río de lo que me cansa o entristece. ¿Qué pensamientos provocan mi tristeza? Hay pensamientos negativos que me entristecen. No puedo acabar tan fácilmente con la tristeza, pero sí puedo cambiar los pensamientos que me hacen daño. Esas ideas obsesivas que me quitan la paz. No quiero disimular lo que está mal en mí. Algo está roto y quizás siempre lo estará. No me avergonzaré de mi rotura, de mi herida. La entregaré, la aceptaré, la besaré. Leía el otro día: «El perfeccionismo es la creencia de que algo está roto: tú. De modo que disfrizas tu rotura con títulos, logros, premios, pedazos de papel, ninguno de los cuales puede arreglar lo que crees que estás arreglando. Al tratar de combatir mi baja autoestima, estaba en realidad reforzando mi sentimiento de indignidad. Al aprender a ofrecer a mis pacientes amor y aceptación total, afortunadamente, aprendí la importancia de ofrecérmelos también a mí misma»². No tengo que demostrarle a nadie que todo está bien. Si no es mi mejor momento no me dará vergüenza que lo sepan. Si no puedo caminar dejaré ver mi cojera, sin pudor. No quiero ponerme una máscara de belleza que tape mi realidad. Son mentiras. Como cuando retoco con filtros la foto que subo en las redes para disimular mis arrugas, mi angustia, la tristeza de mis ojos. De nada sirve, la realidad es la que es y no hay más remedio que aceptarla. Cuando me quiero como soy, cuando me respeto en mis sentimientos y emociones difíciles, cuando miro a la cara mi rabia, mi ansiedad y la acepto. Cuando asumo que he sufrido y lo digo. No todo da igual. No importa que mi dolor venga de una causa no tan importante. Es mi dolor y por eso es valioso. Vale porque me duele. Aunque no tenga razones suficientes, o comparado con otros lo mío no

¹ Edith Eger, *La bailarina de Auschwitz*

² Edith Eger, *La bailarina de Auschwitz*

sea tan grave. Para mí sí que lo es incluso cuando quiera quitarle importancia. Claro que hay vidas más complicadas que la mía. O historias más difíciles. Mi vida es la que es, con sus alegrías y sus penas. Pero no tengo que disimular ni ocultar. Valgo por cómo soy. Por mi belleza y por mi dolor. Lo que he sufrido me hace ser quien soy, con mis heridas y mis penas. **Quien me quiera de verdad no necesita que finja que todo está bien.**

Hay miedos que puedo evitar y otros miedos que son imposibles. Una persona me comentaba que vivía con miedo en todo lo que hacía. Tenía miedo de pecar, miedo de fallar a las personas que la amaban, miedo de cometer algún error y ser juzgado por ello. Miedo de no encajar en un grupo, miedo de mostrar mi verdad sin máscaras y ser condenada por ello. Miedo a no responder a todas las expectativas propias y ajenas. Miedo de que mis acciones no sean comprendidas. Llegaba a la conclusión de que hacía las cosas por miedo y no por amor. Me pareció muy interesante su reflexión, muy honesta. Y pensé que yo mismo poseo miedos y actúo en ocasiones movido por mis miedos. El otro día leía: *«El miedo es aprendido. Cuando naciste no tenías ni idea de qué era el miedo. No le permitas apoderarse de tu vida. El amor y el miedo no van de la mano. Ya basta. No tienes tiempo para vivir asustada»*³. O hago las cosas por amor o por miedo. O las hago siendo fiel a mí mismo, con libertad, o viviendo esclavo de los miedos que me provoca no poder dar la imagen correcta, la tolerada por el mundo. Tal vez por eso en ocasiones miento, engaño, finjo, me escondo. Hago parecer lo que no soy, no me doy de forma auténtica y omito detalles importantes de mi vida, de mi verdad. Quiero aparentar que soy el que no soy, para que todos estén contentos conmigo y me aplaudan. Me conmovió esa reflexión. Veo que me enredo en mentiras que no me hacen bien, me hacen daño. Tanta gente se confiesa de mentir. De mentir para quedar bien, para no ser castigados por el juicio de los demás, para que los permitan seguir existiendo de una determinada manera. Quiero ser validado, reconocido y miento. Deseo ser aceptado en ese grupo, y no quiero que me juzguen indigno de seguir ahí. Y si no soy así trato de imitar lo que los demás hacen. Doy una imagen aceptable. Caigo bien, sonrío. Me muestro como esperan que me muestre, me adapto. Y oculto mis fallos y mis caídas. Incluso cuando hablo de mí no cuento lo malo. Yo no hago nada mal, todo está bien. Lo que yo hago es prudente, es bello, es honesto. ¿Quién puede afirmar que no ha hecho nada mal? Soy pecador como todos, no soy inmaculado. Me gusta por eso la reflexión del tenista Rafael Nadal: *«La gente que cuando han pasado años dice: - Yo no hubiera cambiado nada en mi vida. Pues vamos, o una de dos: o eres un superfenómeno o eres un superarrogante. Si a mí me dicen si hubiera cambiado cosas, pues claro, hubiera cambiado muchas. Lo hice lo mejor que supe, pero si vuelvo atrás claro que cambiaría cosas que he hecho. Todos nos equivocamos. Y de eso también aprendemos»*. Aprendo de mis errores y de mis caídas, de mis mentiras y de mis miedos. Aprendo de lo que no he conseguido hacer tan bien como quisiera, no importa, volveré a intentarlo, lucharé por mejorar. La verdad que llevo dentro duele tanto. Es como un cubo de agua fría lanzado sobre mi rostro. Pienso en mis mentiras, en las que me alejan de Dios, en las que me alejan de los hombres. Cuando me confieso omito pecados pensando que Dios los ve pero calla y no quiero que el sacerdote los sepa. O simplemente pienso que hice bien las cosas, que está bien lo que vivo y cómo lo vivo. Me cuesta juzgar mis actos con objetividad, desde fuera. Y me justifico o minimizo el daño que provocan mis acciones. Quisiera mirarme como me mira Dios, con infinita misericordia. Quiero asumir humildemente que hay muchas cosas que podrían haber sido mejores. Decisiones que tomé y no fueron las correctas. Tropiezos que podría haber evitado en mis carreras. La vida es corta y en ella hay muchos momentos de indecisión. Momentos en los que sueño con hacerlo todo bien y no lo consigo. Tengo dudas y no hago las cosas bien. Hay decisiones que tomo continuamente y quiero tomarlas sin permitir que el miedo decida por mí. Tengo claro que es mejor ponerme en camino que quedarme quieto. Pecar por hacer algo antes que no hacer nada por nadie. Deseo ser yo mismo aunque me rechacen por ello. No quiero transar, no aceptar cosas que me hacen daño, no fingir para que me acepten e incluyan. Es mejor perder ventajas posibles que perder la dignidad y negar mi verdad. Mejor ser rechazado por ser fiel a lo que creo que transar y dejar de ser yo mismo en mi corazón y ante Dios. La verdad siempre me hace libre, mientras que la mentira me encadena. Quiero mostrarme como soy sin esperar ser aceptado siempre, es imposible. Quiero no engañar ni engañarme a mí mismo. Tengo que reconocer los errores con humildad y aprender siempre de las decisiones equivocadas que tomé con la mejor intención del mundo. No importa si no hubo frutos. Simplemente

³ *En Auschwitz no había Prozac: 12 consejos de una superviviente para curar tus heridas y vivir en libertad*, Edith Eger

acepto que no siempre voy a lograr hacerlo todo bien. La perfección no es la motivación primera que me mueve a actuar. Quiero que sea siempre el amor el que mande. El amor y el valor para ser yo mismo en toda circunstancia. **Acepto la realidad como es y no busco agradar en todo lo que hago.**

Llega la Navidad y vuelvo a ver a personas que hacía un año que no veía. O me encuentro con familiares con los que no estoy en paz. Tengo rencores guardados, resentimientos que duelen más al escuchar que el Niño Dios viene a nacer para traerme paz, para calmar mis miedos, para que aprenda a abrazar con brazos grandes y a sonreír a carcajadas. Viene a decirme que no tenga angustia ante el futuro, porque no está en mi mano y nada de lo que vaya a suceder puede afectarme antes de que ocurra. Viene a enseñarme que Dios ha querido encarnarse en una familia, en un hogar cálido en el que poder descansar. En un hogar sin guerras, sin luchas, sin enfrentamientos. En un hogar en el que todos se respeten y quieran, se acepten y se comprendan. El Niño Dios quiere decirme que sólo podré abrazar de verdad si he perdonado antes, si no hay rencor en mi mirada ni resentimiento en mis manos. Me dice que se hace carne de mi carne para enseñarme a caminar por estos caminos de la vida. Llega Navidad y yo siento oscuridad en el alma al pensar en mis heridas, en mis sentimientos que he ido guardando a lo largo de este año o de toda mi vida. Y no sé cómo hacer para abrirle la puerta a un Niño que pretende cambiarlo todo de un plumazo. ¿Cómo se hace para olvidar lo que tanto me duele? *«El perdón no es fácil, les digo. Es más fácil guardar rencor, buscar venganza. Hablo de mis compañeros supervivientes, de los valientes hombres y mujeres que conocí en Israel, que parecían dolidos cuando mencioné el perdón, que insistieron en que perdonar equivale a condonar u olvidar. ¿Por qué perdonar? ¿No haría eso que Hitler quedase impune por lo que hizo?»*⁴. Perdonar me libera, ¿acaso el Niño Jesús no ha venido a liberarme de mis ataduras? Mi incapacidad de perdonar es una cadena sutil que me esclaviza. Si ese Niño Dios me trajera el perdón que yo no sé dar. Si pronunciara con mi voz un te perdono sanador, no para el perdonado, sino más bien para el que perdona. Si sólo sus manos se convirtieran en las mías por un instante para acariciar, tocar y abrazar a quien me ha hecho daño. Si tan solo su voz se escondiera en mi garganta para pronunciar un te quiero lleno de sentimiento. No sé cómo se hace, no sé dónde yace la paz verdadera que sucede a todo perdón. Sólo sé que quiero intentarlo. ¿No hay una pastilla que cure de verdad la ansiedad que siento al ver a personas a las que no amo, que me cuestan o me resultan tóxicas? No sé perdonar del todo. ¡Cuánto me cuesta! Me entristece ver que mis palabras hacia mi hermano son superficiales, porque no quiero profundizar, no quiero decirle lo que siento, lo que me pasa, lo que me duele. A él no, porque no lo amo. Y pasan los días navideños sin contar mis miserias ni mis alegrías estando con mi familia, con los más cercanos, con los que en teoría más amo porque son sangre de mi sangre y crecí con ellos. Pero la vida nos ha dejado heridos a todos. Y cuesta ahora volver a esos años de infancia cuando todo era más inocente o más puro, cuando no había aún nada que perdonar, o que olvidar. Pero ahora es todo distinto. Y me pregunto: - ¿Para qué compartir con aquellos con los que de verdad no quiero compartir? ¿Cómo se mantiene una relación en la que uno comparte sólo una vez al año? No hay posibilidad de profundizar, sólo surgen bromas superficiales, abrazos sin fuerza, de estos blandos que casi hasta duelen. Los temas son los de siempre o los del mundo, porque se habla de cualquier cosas que no toque la vida personal de cada uno. Porque no es fácil hablar desde el corazón cuando no me comprenden o siento que no me aman. Y tengo claro que cuando no abrazo con el alma más que abrazar aparte de mí a quien con sonrisa fingida pretende también abrazarme. Porque cuando no es sincero el amor que pretendo mostrar llega hasta a doler en el fondo de mi alma. Duele incluso más que un golpe en el estómago, más que un grito lanzado al viento para herirme. El silencio hosco y cansado de ciertos encuentros es más elocuente que un grito de desprecio. Es una guerra fría que acaba helando el alma y me deja muy frío. Me gustaría que ese Niño Dios envuelto en pañales viniera a traer a mi familia algo de hogar que se ha podido perder, algo de esperanza al haber caído en la desesperanza. Porque el desgaste de los años duele y hiere muy dentro. Y el no ver a mis hermanos provoca lejanía, incluso desprecio o indiferencia que es incluso peor que el odio, es un triste olvido. Quisiera que algo de calor de José esa noche en Belén, tratando de calentar al Niño, llegara también a mi vida y calentara mis noches llenas de frío. Quisiera yo dar calidez con mis palabras, con mis gestos, incluso con mis silencios. Porque cuando es verdadero lo que vivo hasta los silencios guardan palabras llenas de vida. Me gustaría ser sincero en lo que digo, en lo que hago. Mostrar lo que de

⁴ Edith Eger, *La bailarina de Auschwitz*

verdad hay en mi corazón. Y si todo es frío tratar de cambiarlo, para que la realidad de mi familia se renueve esta navidad.

La piedra fundamental es una oportunidad para pensar en lo verdaderamente importante en la vida. Justamente el profeta Miqueas me muestra la pequeñez como el lugar de la salvación: «Y tú, Belén Efratá, pequeña entre los clanes de Judá, de ti voy a sacar al que ha de gobernar Israel». De Belén, la más pequeña de las ciudades, nacerá el hijo de Dios. Así aparece en Hechos 4,11-14: *«Este Jesús es la piedra despreciada por vosotros los constructores, que se ha convertido en la piedra angular. En ningún otro hay salvación, porque Dios no nos ha dado a conocer el nombre de ningún otro en el mundo por el cual podamos ser salvos»*. No hay salvación fuera de Jesús. Esa piedra fue desechada y murió en la cruz despreciado. La piedra que nadie quiso es la piedra que salva, la única que salva. Pienso en la piedra angular de la Iglesia, es Cristo. Sobre esa piedra se edifica el templo de Dios. Sobre la piedra que no es perfecta, como Pedro y tiene demasiadas imperfecciones. Pero no importa, esa piedra es amada por Dios. Es su hijo elegido, predilecto. Cristo es esa piedra es la que da fortaleza al resto del edificio. Sin esa piedra nada valdría la pena. Pienso en tantas piedras que son parte de los cimientos del santuario. Y tantos bloques iguales y originales al mismo tiempo, no hay vidas iguales, todos tenemos un valor único, somos diferentes, igual de valiosos desde nuestra verdad. Y entre todos esos ladrillos hay una piedra angular, Jesucristo, diferente, única. Sobre esa piedra se sostiene todo. Al mirar esta piedra, desigual, imperfecta, me veo también a mí reflejada en ella. Porque en Cristo todos somos uno. En Él nos unimos formando una única piedra angular, decisiva. Sin esa piedra nada vale, nada importa. El valor de la piedra no viene dado por su belleza, por ser inmaculada. Así es en mi vida. Lo importante no es que todo brille en mi interior, sino que tenga claro cuál es la piedra angular en mi camino. En una cueva nace el que será la piedra angular, el motivo de esperanza, la paz definitiva: *«Sus orígenes son de antaño, de tiempos inmemorables. Por eso, los entregará hasta que dé a luz la que debe dar a luz, el resto de sus hermanos volverá junto con los hijos de Israel. Se mantendrá firme, pastoreará con la fuerza del Señor, con el dominio del nombre del Señor, su Dios; se instalarán, ya que el Señor se hará grande hasta el confín de la tierra. Él mismo será la paz»*. Ese Cristo le da sentido a mi vida. Es el centro de mi alma, el que me revela mi verdadero nombre. El que me permite construir sobre roca mi casa y no sobre arena. Cuando Cristo es la piedra angular en mi camino todo lo demás deja de tener tanta importancia. No me fijo entonces en las pequeñas derrotas de cada día, Cristo ya las ha vencido. ¿Cuál es la piedra angular de mi vida? Pienso en las cosas a las que doy más importancia, las personas, las actividades. Me gustaría decir que Cristo es la piedra angular. Al mirarla en el santuario recordaré que sin Él la vida no merece la pena. Rompe quizás la perfección de las paredes. Una piedra que no está pulida ni trabajada. Una piedra que cualquier arquitecto hubiera desechado. Pero no es así, no es desechada, todo lo contrario. Se convierte en la piedra sobre la que puedo levantar mi santuario. A veces busco las cualidades en las personas de las que me rodeo. Pienso en lo que me pueden dar, en lo que me benefician. Siento que son piedras valiosas. Y desprecio lo feo, lo que no brilla como el oro, lo que parece frágil. Huyo de esas personas pequeñas e insignificantes. Esas de las que no puede salir algo bueno, es lo que pienso. Como Nazaret o Belén, ciudades de las que no podría venir el Mesías. Pero así es Dios que lo esconde todo para confundir a los sabios. Una piedra frágil sobre la que levantar una obra grande, maravillosa, permanente. Una piedra sin la cual el edificio no se sostiene. Quiero aprender a buscar en lo pequeño, en lo que no llama la atención. Encontrar la belleza escondida en lo feo. En Navidad hay muchas luces que pretenden señalar dónde va a nacer el Mesías. Pero no es así. Dios no busca las luces. Nace en una cueva, en una ciudad pequeña en la que no hay paz. Nace siendo piedra de contradicción. Porque obligará a los hombres a optar. Elijo seguir a Jesús o alejarme de Él. Elijo lo pequeño, lo misterioso, lo oculto. Alejándome del brillo, de la luz de los focos. No me fijo en el que tiene grandes capacidades sino en el débil. Dios es el que decide cuál es la piedra angular de su santuario. No será el que brilla, sino el que en lo pequeño sirve y ama. El que no pretende sobresalir y sólo desea ser una piedra oculta como la de los cimientos. Miro la piedra angular. Pienso en esa piedra que desentona del edificio. No está todo en orden y esa piedra me lo recuerda. En su pobreza me hace preguntarme cuáles son mis prioridades, dónde he puesto el acento en mi vida. Jesús es el centro de mi vida: *«Y conforme a esa voluntad todos quedamos santificados por la oblación del cuerpo de Jesucristo, hecha una vez para siempre»*. Jesús se ofrece, se entrega por mí para que su santidad me santifique. Su presencia me salve, su alegría ilumine mi corazón. Él es el centro y quiere que yo reine con Él. De su mano construyo este santuario. Sobre su roca se levante mi vida y yo también, por su gracia, me

convierto en piedra angular. Sin mi presencia en las paredes del santuario no se puede levantar su santuario. Mi vida importa, mi entrega, mi sacrificio. No quiero brillar sino ser una piedra frágil que les recuerde a todos que lo importante sucede en lo oculto del corazón, en una ciudad pequeña, **en una piedra que desecharon los arquitectos y que Dios coloca como piedra angular.**

Me gusta celebrar este día la visitación de María a su prima Isabel. *«En aquellos mismos días, María se levantó y se puso en camino de prisa hacia la montaña, a un a ciudad de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. Aconteció que, en cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó Isabel del Espíritu Santo y, levantando la voz, exclamó: - ¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? Pues, en cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. Bienaventurada la que ha creído, porque lo que le ha dicho el Señor se cumplirá».* María escucha en su interior la voz del Ángel. Y sabe que su prima Isabel está de seis meses. Se pone en camino inmediatamente. Sé muy poco de cómo serían esos días, esos meses, en la vida de María. Me gusta pensar que María estaba desbordada y tal vez angustiada por la noticia. Iba a ser Madre del Salvador y no estaba aún casada con José. No sé bien cómo fue todo. Sólo sé que José amaba a María y tomó la decisión justa de repudiarla en secreto. Que nadie supiera. Quería salvar la vida de María. Durante seis meses María vivirá en Ein karén, protegida por su prima y Zacarías. Es difícil hacerse una línea cronológica de los acontecimientos. Es lo que hoy interesa, saber en qué momento sucedió cada cosa. Sólo sé que el ángel anunció a María. Ella concibió en su seno. Y se puso en camino a Ein Karén. Ni siquiera sé si la acompañó José o el encuentro de José con el ángel ocurrió más tarde. Son preguntas que guardo en el alma y que un día me gustaría hacerle a Jesús en el cielo. Saber cómo fue todo en realidad. Hoy quiero pensar en María caminando a ver a su prima Isabel. Una decisión arriesgada, valiente. Siempre ese momento me habla de alegría, de luz. Dos mujeres que esperan llenas de confianza. Dos mujeres que se alegran al encontrarse. Y Juan en el seno de Isabel salta de gozo al percibir la presencia del Señor. Puedo decorar ese encuentro. Llenarlo de ángeles y de luces. O puedo dejarlo todo en un clima de sobriedad bajo la luz de lo cotidiano. Dos mujeres se encuentran y el niño salta de gozo en Isabel. Me conmueven sus palabras. Bendita tú, le dice a María. Bendecida la que ha creído. Y se ha dignado venir a su casa a visitarla. María la elegida, la amada por Dios, bendita. Me gusta esta descripción tan llena de fe. Ha creído y lo prometido se cumplirá. La fe de una mujer que se ha puesto en camino. Dos mujeres valientes, dos mujeres de Dios. No aparece Zacarías que había dudado. Tampoco se dice que estuviera José en ese momento, tal vez no estaba, aun cuando muchos cuadros representan a los cuatro en ese momento. No importa. Pienso sólo en ellas. Alegres, abrazándose, sosteniéndose, diciendo palabras que hasta hoy resuenan en mi corazón. ¡Cuánta fe! ¡Cuánta luz! Me gustaría vivir así la vida, con esa confianza en medio de las dudas. Ninguna de ellas sabe cómo se hará posible la promesa, pero creen. Jesús viene en camino. Juan está a punto de nacer, faltan tres meses. Se alegran por lo que aún no es. María guardaba todo en su corazón. Intuiría ya que no iba a ser un camino de rosas sin espinas. Así es el camino de la fe. Incertidumbres y promesas. Oscuridades y dudas. ¿Cómo será todo posible? Para Dios nada hay imposible porque hasta una mujer estéril como Isabel está esperando. Miedos seguro en el corazón de ambas. Y al mismo tiempo certezas. Dios era capaz de todo en sus vidas. Esa fe me conmueve y pienso en las palabras del salmo: *«Oh Dios, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve. Pastor de Israel, escucha, tú que te sientas sobre querubines, resplandece; despierta tu poder y ven a salvarnos. Dios del universo, vuélvete: mira desde el cielo, fíjate, ven a visitar tu viña. Cuida la cepa que tu diestra plantó, y al hombre que tú has fortalecido. Que tu mano proteja a tu escogido, al hombre que tú fortaleciste. No nos alejaremos de ti: danos vida, para que invoquemos tu nombre».* Me gustaría sentirme con María, como Isabel. Elegido por Dios. Llamado a vivir una vida plena y auténtica. Una vida en su presencia porque Él ilumina mi camino. Su rostro resplandece sobre mí. Esa promesa de vida es la que me alegra. Salta de gozo Jesús dentro de mi alma. Salta de alegría al ver lo que tengo ante mis ojos. A veces me dejo llevar por el desánimo y no miro el sol que brilla ante mis ojos. No veo lo bueno que me pasa y me quejo por aquello que no ha salido como esperaba. Esperanza y expectativa. Lo que espero de verdad es más hondo, más grande. Las expectativas son tan humanas. Son quizás más pequeñas, muy concretas y en ellas pongo tan a menudo la felicidad. Si las cosas salen como yo quiero seré feliz. Si tal persona se comporta como espero, tendré paz. Si los demás me tratan como me merezco, sonreiré. Si la vida no me trae enfermedades ni fracasos, tendré alegría. Y no es así. Al final son solo expectativas que no me dan la felicidad más plena. Es la esperanza la que quiere mover mi corazón como el de María, como el de Isabel. No saben cómo lo

hará posible Dios, pero no importa. Ellas saben que tienen que decirle que sí a Dios y eso basta. Tienen que permanecer fieles en medio del camino aun cuando no sea fácil. Ellas han sido bendecidas. El amor de Dios las ha tocado en lo más hondo y se saben amadas. Sonríen, comparten su dicha. La alegría que se comparte se hace más grande. Igual que la pena compartida disminuye. Así hacen ellas y sus miradas se encuentran. **Felices las que han creído porque Dios hará milagros en sus vidas.**

Escucho con tanta frecuencia que tengo que ganarme el cielo que me lo acabo creyendo. Y siento que no hago lo suficiente, no amo lo bastante y no logro lo que podría lograr. Hoy escucho algo que me da paz: *«Al entrar Cristo en el mundo dice: - Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas, pero me formaste un cuerpo; no aceptaste holocaustos ni víctimas expiatorias. Entonces yo dije: - He aquí que vengo para hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad»*. Dios no quiere mis sacrificios, sólo desea que haga su voluntad. Y es cierto que esa voluntad, que no siempre es la mía, me cuesta. Me duelen la renuncia, la entrega, el sí sostenido a lo largo del tiempo. El amor que se ofrece sin esperar nada a cambio. La vida que se muere para dar vida a otros. Así me gustaría vivir. No me invento sacrificios ni ofrendas. No pretendo estar a la altura de lo que se espera de mí. Simplemente abrazo esa voluntad de Dios en mi vida. Lo que Él quiera, lo que desee. Lo que sucede es la realidad que tengo que aceptar. Es donde tengo que pronunciar mi sí fiel y alegre. ¿Cuál es la voluntad de Dios? ¿Qué es lo que desea para mi vida? Me turbo porque no sé muy bien distinguir sus deseos de mis pretensiones. Decía el P. Kentenich: *«Si mi vida subconsciente no elige de vez en cuando el agere contra, nunca voy a ser un hombre objetivo capaz de actuar con suficiente facilidad frente a la voluntad divina»*⁵. Elegir lo que va contra mi naturaleza, lo que no me gusta, aquello que me duele. Educar mi voluntad para que se adhiera con facilidad a la realidad que enfrenta, al presente que duele, a las cosas tal y como son. Me gustaría tener un corazón más libre, más dócil. Le cuesta tanto obedecer, asumir la realidad y besarla con ternura. No lo consigo. Los deseos de Dios son tan sutiles. Aparecen en forma de tormenta o de día soleado. En medio de mis pérdidas o de mis ganancias. Y siempre puedo elegir lo que quiero hacer. Si es posible cambiar las cosas, haré todo lo que pueda. Si no se puede cambiar la realidad, la aceptaré con una actitud positiva. Las estadísticas no me consuelan en las pérdidas o en las derrotas. Lo que les sucede a muchos no aminora mi pena o mi desesperación. Puedo sonreír bebiéndome mis lágrimas. Puedo amar habiendo sido odiado. Puedo vestirme de fiesta en medio de mis desgracias. Y puedo acoger al que me grita, al que me odia. Navidad es abrazar a un niño en medio de un pesebre, de un establo donde la luz apenas entra y el frío hiela el alma. Navidad es sostener al caído sin exigirle cuentas. Y soñar con cielos azules bajo nubes espesas. Navidad es levantar el ánimo de los que están tristes, sin esperar nada a cambio, amar porque amar deseo. No porque vaya a ser amado de vuelta o porque alguien pueda hacerme el regalo de mi vida. A veces quiero que Dios responda que sí a todos mis deseos. Me dé lo que le pido y haga realidad lo que sueño. Y me enojo con Él porque no consigue hacer realidad todos mis anhelos. Y me da pena pensar que a otros sí que beneficia y a mí no me da lo que le pido. La vida definitivamente es injusta. Y unos padecen más que otros, y sufren más que lo que yo sufro. Y es injusto igualmente que me queje y proteste cuando algo no sale como yo deseaba. Si miro a mi alrededor algunos lo pasan muy mal y están solos. Y otros son más felices, también, sin duda. No me comparo, seré más feliz. Acepto las cosas como son y sonrío. Hacer algo contra mi voluntad no es tan sencillo. Porque deseo hacer lo que yo quiero, lo que me agrada, lo que me hace bien, lo que me trae alguna ganancia. No elegir el bien que deseo como renuncia gratuita me parece exagerado. Pero en realidad educa mi voluntad, forja mi carácter. Si nunca elijo nada que me duela, mi voluntad será débil, pusilánime. Me gustaría formar mi carácter. No lo hago para agradar a Dios, ni para conseguir sus beneficios. Lo hago para tener un carácter mejor formado, una voluntad más firme. Acepto que no siempre las cosas me van a salir como deseo. Y mientras tenga el corazón firme me alegro. Porque seré fiel en las cosas pequeñas. En lo que me duele, en lo que me pesa. Mi voluntad firme y alegre. Quiero aceptar las cosas como son. Sin miedo, sin angustia. **Para eso educo mi corazón para vivir todo con paz, feliz.**

⁵ J. Kentenich, *Hacia la cima*